

*Domingo, 23 de noviembre, 2025*

## **DOMINGO XXXIV ORDINARIO JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO**

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos terminando el año litúrgico. El domingo que viene, con el Adviento, iniciaremos de nuevo ese proceso celebrativo que nos hace participar un año más de la gracia de la salvación.

Nuestra mirada a Jesús como Rey del Universo, ahora con un tono claramente escatológico, mirando al futuro de la historia, debe guiarse sobre todo por los textos de lecturas, oraciones y cantos, ayudando a todos a entrar en el gozoso y esperanzador misterio de esta fiesta, que nos invita a ver nuestra historia como un proceso del Reino que todavía no se manifiesta, pero que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

Terminamos hoy, además, la lectura que hemos hecho a lo largo de todo el año del evangelio de Lucas.

La paradoja de un Rey clavado en la cruz nos recuerda lo que Jesús había dicho a Pilato: "mi reino no es de este mundo". Su reinado es, en verdad, especial.

Él tuvo que ir corrigiendo la idea de realeza y mesianismo que tenían sus discípulos. Cuando le quisieron nombrar rey, después de la multiplicación de los panes, se escapó. Él no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos. Ahora está, por tanto, en la plenitud de su realeza porque está en la plenitud de su entrega. Ya toda su vida había sido entrega generosa. De él dijo Pedro que "pasó haciendo el bien": consolando, perdonando, curando, atendiendo, comunicando esperanza, dando testimonio de la verdad.

Esa es su realeza. No entendió su Reino como privilegio, no buscó poder político, ni prestigio social, ni fuerza militar, ni riquezas. Sus "credenciales" las proclamamos en el prefacio: "un reino eterno y universal, el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz". Nuestro Rey está clavado en la cruz, mostrándonos que sólo el amor y la entrega solidaria pueden salvar al mundo.

Sus seguidores -la comunidad eclesial y cada uno de nosotros- tendremos que aprender esta lección. Nuestra actitud no deberá ser de dominio, sino de servicio, no de prestigio político o económico, sino de diálogo humilde y comunicador de esperanza. Evangelizamos más a este mundo con nuestra entrega generosa que con nuestros discursos o en la ostentación de nuestras instituciones. En nosotros también debe cumplir lo de que "servir es reinar".

Ante ese Rey que muere en la cruz, las reacciones de la gente son diversas: unos le miran desde lejos, otros han escapado por miedo, otros se burlan de él.

Pero hay una persona que cree en él: el buen ladrón. No sabrá de teologías, pero intuye que ese que muere a su lado es alguien especial: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Ha creído en Jesús como Rey, a pesar de que le está viendo desangrarse en un momento de mínima credibilidad, ajusticiado en la cruz. Allí mismo está también la Madre, María, y unos pocos discípulos. Pero lo sorprendente es que el ladrón exprese así su fe, por lo que escucha de labios de Jesús lo que todos quisiéramos escuchar un día: "hoy estarás conmigo en el paraíso".

El ladrón nos enseña a mirar hacia ese Cristo con ojos profundos, inspirados por el Espíritu de Dios. Con la convicción de que ese Cristo Jesús nos está abriendo el camino del Reino y todos los que nos incorporemos a él estamos llamados a su mismo destino de vida y realeza. El primer Adán vio cómo se le cerraban las puertas del paraíso. El nuevo Adán, que está a punto de entrar en su nueva existencia pascual, abre las puertas del Paraíso al buen ladrón.



En el Padrenuestro pedimos siempre: "venga a nosotros tu reino". Hoy lo podemos rezar o cantar con mayor confianza. Porque creemos en Cristo, intentamos seguir su camino, superando a veces tentaciones de desánimo, seguros de que él quiere construir unos cielos nuevos y una tierra nueva, un Reino que -vale la pena repetir su descripción del prefacio- es un reino de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz. Ese es el futuro de nuestro camino por este mundo.

Y el alimento es la Eucaristía, el mismo Cristo, el Resucitado, que se nos da como fuerza para que sigamos su camino con perseverancia y alegría.

Cuando el sacerdote nos invita a acercarnos a la comunión, dice unas palabras que, en su versión latina, apuntan claramente, no sólo al Reino que Cristo nos ha preparado, sino a un banquete festivo, "dichosos los invitados a la cena de bodas del Cordero", de Cristo ("ad coenam Agni vocati sunt"). No se trata sólo de que estamos invitados a "esta mesa" de la Eucaristía, que ya es mucho, sino a lo que esta mesa prefigura: la mesa del banquete celestial, la mesa festiva de bodas, ya en el Reino definitivo.

Con razón pedimos a Dios en la poscomunión de hoy, después de recibir el alimento de la inmortalidad: "te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el Reino del Cielo.

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría  
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**